

calles, los rascacielos, sino también la noche, la niebla, la oscuridad. Si Manuel Durán no se distingue especialmente como poeta creativo, como poeta que desordene de manera extraordinaria la realidad, si es, en cambio, un poeta que entra a la caverna de la poesía actual con la antorcha saludable de la claridad.

E. G. R.

LUIS GARRIDO, *Alfonso Reyes*. Colección Cultura Mexicana, 12. Imprenta Universitaria, México, 1954. 120 pp.

Alfonso Reyes en su larga carrera cuenta con una obra numerosa y espléndida, sus títulos acusan la más variada actividad literaria. En su *Obra poética* (1952), en la que aparecieron poemas fechados dentro de un extenso período que se inicia en 1906, confirmó su gran calidad de poeta; unas veces hermético y otras accesible, pero siempre demanda la atención de los lectores; sólo ofrece esencias. En sus ensayos aporta algo propio, su sensibilidad, la que no discrimina —como en la mayoría— a su intelecto bien dotado; sus facultades nunca se contraponen, sino que se asocian con la fortuna de un hombre renacentista que pone alma y cuerpo en cada una de sus palabras. Prefiere el cuento a la novela; en esta forma sintética también imprime el espíritu moderno de lo esencial. Los escritores jóvenes mucho aprovecharán estudiando atentamente la obra y la vida de Reyes, quien en repetidas ocasiones ha expresado la esperanza de que su fidelidad a las letras sirva de ejemplo a los jóvenes.

C. V.

MAX AUB, *La poesía española contemporánea*. Imprenta Universitaria, México, 1954. 230 pp.

A Max Aub le duele España. Es el mal de Unamuno. Pero a Max Aub le duele toda la Tierra, el suyo es un dolor que sólo tiene su llaga principal en España, porque su generación estuvo allí en el momento de la herida cuando, como decía Lorca, España era el único país del mundo en que la muerte era espectáculo nacional.

Y aquel dolor, que muchos llevamos dentro con mayor o menor dignidad, sirve con frecuencia a Max Aub para medir la estatura de los poetas pero, a veces, su valoración es un tanto injusta. De Manuel Altolaguirre, por ejemplo, se dice en este libro que "tiene un requieño venero de poesía", que "tiene un donaire infantil de pronos", por lo que sus mejores versos son casi siempre los primeros de sus poemas. Esto no es acertado; Altolaguirre es uno de los más nítidos poetas españoles contemporáneos, y algunos de sus poemas alcanzan tal unidad que no es posible decir, como no sea con un criterio formalista, que sus mejores versos son éstos o aquéllos. Hay que fijarse en ese mismo poema que Max Aub incluye en su libro. Hay que recordar aquel otro que empieza: "Mírate en un espejo y luego mira / estos retratos tuyos olvidados. / pétalos son de tu belleza antigua, / y deja que de nuevo te retrate / deshojándote así de tu presente, etc. Los poemas de Altolaguirre adquieren rara vez ese tono esotérico de algunos de León Felipe.

Para Max Aub hay grandes y buenos poetas: y entre los grandes que no siempre son muy buenos tiene, por cierto, a León Felipe y a Unamuno; entre los buenos a Manuel Machado; entre los buenos que a veces son grandes a Juan

PRETEXTOS

De Andrés HENESTROSA

Ignacio Manuel Altamirano escribió poco, si bien siempre dentro de un límpido estilo. Su ideal era, dice Urbina, verter dentro de la más depurada forma, como esculpido vaso corintio, el vino puro de la sangre indígena. Su genio literario, el caudal de su información, la materia prima que acumuló desde su niñez, bronca y pueblerina; la aparente facilidad que trasciende sus páginas, crearon en sus contemporáneos la certeza de que debiera escribir más, y hasta le inventaron una fama de escritor perezoso. Porque nunca faltan quienes, de buena o de mala fe, doliéndose o gozando con ello, acusen a los escritores que quieren exaltar o aplacar que escriben poco, de pereza, y toman la parquedad en las meras apariencias. Altamirano era un hombre de tradición oral, más que escrita, como indio que era. No en balde encontró en la cátedra, en la tribuna, en el diálogo, la tierra de sembradura que reclamaba su bullente espíritu. Eso sin olvidar que era un escritor, pero también un hombre de acción, como lo han sido hasta ahora los mejores americanos. Una mitad escritor y otra mitad soldado, eso fue ese indio ejemplar. ¿No decía Darío que era América tierra de poetas y de generales? La letra es milicia, se pudiera decir, como se dice de la vida.

A una de estas dos razones se puede deber la parquedad en los escritores de este rango: a que pronto llega el momento en que la conciencia de la perfección es mayor que la capacidad creativa: este el caso de Pedro Henríquez Ureña, pongamos por ejemplo. O bien que viniendo del mundo indígena, de la tradición oral, no se alcanza a deshojar la lengua española que en cierto modo nos es extraña, del halo de lengua de dioses que tuvo para los nativos mexicanos desde que la overon hablar. Este el caso de Altamirano. Inconscientemente, aunque no corra una gota de sangre india por nuestras venas, en todo escritor americano, obra esta verdad. Eso explica que el escritor purista de nuestras tierras lo sea por manera más extrema que los españoles. Altamirano nunca superó muchas de las vivencias del pasado indígena. Ya no creía en ídolos, como tampoco creía en dios; pero le quedaban ésta y otras supersticiones. Guardaba sacramento, como el cáliz la hostia, al indio del pasado. En 13 nació, en 13 me casé, en 13 he de morir, acostumbraba decir. Y así fué. ¿Y no ablazó por algunos años la conclusión de El Zarco, sólo por no reanudarla desde el capítulo XII en que se había detenido por rehuir el número agorero? Como recordarán los lectores, el techo del local en que escribía se vino al suelo no bien el maestro ganaba la puerta de la calle...

Escribía poco, por no dejar el testimonio de una página precipitada, a medio hacer, con las máculas de la improvisación. Aplazaba con frecuencia sus colaboraciones, prometidas al impulso de la certeza de que "tenía con qué querer", como dice el bueblo, por evitar el dramático encuentro con el monstruo de la expresión escrita, con lo que crecía la leyenda de escritor perezoso. Cuando le ajujoneaban sus probios reproches, venciendo resistencias soberanas, tomaba la pluma y vertía al papel aquellas cosas que a solas, mientras caminaba, mientras dormía, había memorizado, aunque sin cerrar la puerta a las sorpresas que pudieran llegar mientras escribiera. De allí la conseja de que improvisaba. Así escribió esa jova que es La Navidad en las montañas. Francisco Sosa había alcanzado de Altamirano la promesa de escribirle algo para El álbum de Navidad que se imprimía en el folletín de La Iberia, periódico de Anselmo de la Portilla. Pero pasaban los días sin que se cumpliera. Desesperado don Pancho Sosa casi lo secuestró durante tres días, alejando a todo aquel que pudiera interrumpir la creación a que Altamirano estaba entregado. A medida que las páginas iban sabiendo corrian a la imprenta. No de otra manera se escribió el Facundo, el Ulises criollo, el Martín Fierro, la Historia de mi madre... Cuando el escritor mexicano publicó La Navidad en forma de libro, trajo a cuento el suceso. Y decía como doliéndose de una acusación injusta, que Sosa "conociendo mi decantada pereza" casi lo había secuestrado para que escribiera aquellas páginas, de verdad inmortales.

Miren, pues, lo que reclaman escritores farragosos, las muchas razones que suelen concurrir para que un escritor de quien se espera mucho, escriba poco.

Ramón y entre los grandes que, "cuando se les acopla el verso" son buenos, a Antonio Machado. Con los ejemplos es siempre difícil estar absolutamente de acuerdo,

pero cuando dice Max Aub: "El mundo lo han hecho, lo han plantado los grandes poetas, y los buenos poetas lo han adornado", basta encarnar las frases con algunos de

los ídolos propios para ponerse de acuerdo. Yo dejaría, por ejemplo, entre los grandes poetas que no siempre son buenos, a Pablo Neruda (y creo que Max Aub estaría conmigo en este caso). Neruda no es ya de los que sólo adornan el mundo, es de los que lo plantan, aunque a veces tenga que recurrir al discurso político. A Manuel Altolaguirre, pongamos por caso, habría que dejarlo de todas maneras entre los buenos poetas. El poeta deseable, desde luego, sería uno siempre grande y bueno, un hacedor del mundo que también lo adornara, un gigante de oro.

Max Aub no encuentra más salida para el arte contemporáneo que la del realismo socialista. Cree que son los partidarios de Oriente en Occidente los únicos que pueden dar hoy obras importantes "porque sólo ellos son capaces de protestar, de rebelarse". Pero no se aclara en el libro cómo piensa el autor que puede guiarse aquel realismo. Tal vez la solución, hay que insistir en ello, está en un neorealismo orientado a conciliar esos dos mundos entre los que el artista vaga ahora, con un andar de péndulo: el mundo de "la imaginación" y el de la realidad.

A esto se dirige acaso la protesta de Max Aub que se lamenta del excesivo amor a los raros, a los malditos. "No niego la importancia de los raros, pero como condimento —dice—. ¿Quién se sustenta de la sola pimienta, o de sal y clavo? Sin duda, sin ellos, a la poesía le faltaría sabor, pero sin los demás la poesía no existiría. Pido sencillamente un mundo más ancho." Y muchos lo pedimos con él.

E. L.

Francisco Monterde Fernández. Imprenta Universitaria, México, 1954. 222 pp.

Este libro de arte ofrece reproducciones de la obra del malogrado pintor Francisco Monterde Fernández, quien después de concienzudo aprendizaje logró dominar varias técnicas y materiales, conocimientos que con su voluntad creadora y el entusiasmo de la juventud empleó en los más diversos caminos. Buscando siempre un estilo propio se dejó influir por corrientes corrientes artísticas, hasta que con los años su talento creador pudo asimilárselas, y dar los frutos esperados. Como artista tuvo problemas de muy diferentes índoles: escenografía, ilustración de libros, retrato, paisaje, que supo plantear y resolver satisfactoriamente, dando a cada obra una forma adecuada a sus necesidades plásticas. Completan a este libro opiniones sobre el desaparecido pintor de algunas autoridades en artes plásticas mexicanas.

C. V.

JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *Las paredes oyen*. Biblioteca del Estudiante Universitario, 6. (Segunda edición.) Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1952. 190 pp.

Comedia de enredos en tres actos. No es preciso alabar una vez más la obra de Juan Ruiz de Alarcón, pues todo mundo conoce o ha oído elogiar en la escuela o en cualquier otra parte, las excelencias de su trabajo.

Haré entonces, directamente, de *Las paredes oyen*. Todo mundo cree que los autores clásicos de los Siglos de Oro, son unos viejos de larguísima barbas, que se mueren de polvo y de aburrimiento y que escribieron una serie de cosas